

Juan Ramón Jiménez y la Poesía ⁽¹⁾

POR

A. VALBUENA BRIONES

Universidad de Delaware

Juan Ramón Jiménez nació en Moguer, provincia de Huelva, el 23 de diciembre de 1881, a las doce de la noche. Este momento límite le dio la oportunidad de elegir entre el 23 y el 24 de dicho mes, y él prefirió el último, tal vez por ser el anterior a la celebración del día de Navidad.

Su madre, María de la Purificación Mantecón y López-Parejo, fue una adinerada señora provinciana, y su padre, don Víctor Jiménez, tenía setenta viñas.

Como niño mimado y anda'luz, estudio en el colegio de San Luis del Puerto de Santa María, que tienen los Jesuitas.

Su primera novia en Moguer se llamó Blanca Hernández Pinzón, y bien pudiera decirse que el célebre poema *Adolescencia*, escrito más tarde en las soledades del jardín del santorio de Castel d'Andorte, Burdeos, en donde estaba recluido en 1901, está inspirado en su recuerdo.

En el balcón, un instante
nos quedamos los dos solos.
Desde la dulce mañana
de aquel día, éramos novios.

—El paisaje soñoliento
dormía sus vagos tonos,
bajo el cielo gris y rosa
del crepúsculo de otoño—.

(1) Conferencia en homenaje a la memoria del Dr. James Geddes, pronunciada en la Universidad de Boston, el 6 de marzo de 1963.

Le dije que iba a besarla;
bajó, serena, los ojos
y me ofreció sus mejillas,
como quien pierde un tesoro.

—Caían las hojas muertas,
en el jardín silencioso,
y en el aire erraba aún
un perfume de heliotropos—.

No se atrevía a mirarme;
le dije que éramos novios,
...y las lágrimas rodaron
de sus ojos melancólicos.

Puede vislumbrarse ya esa «transparencia de un espíritu fino como un diamante y deliciosamente sensitivo» a la que aludió Rubén Darío. Un temblor, una suave melancolía, traspasa al poeta al percibir el paso del tiempo.

La pequeña vida provinciana ahogaba las aspiraciones de nuestro personaje. En busca de más amplios horizontes se fue a Sevilla con el doble propósito de aprender pintura —caso similar al de Lorca o al de Alberti— y a estudiar la carrera de Derecho. Como se pasaba el tiempo leyendo a Bécquer, a Lamartine, a Byron y a Heine, y algunas veces también a Espronceda, lo suspendieron en Historia Crítica de España. Ello no fue obstáculo para él. Su nombre comenzaba a ser conocido.

En 1899 publicó un poema que llamó la atención de los entendidos, porque usaba el ritmo tetrasilábico; lo tituló «Las amantes del miserable», y lo incluyó al año siguiente en el libro *Ninfeas*, que fue impreso en tinta verde.

El poeta fue a Madrid. Villaespesa es el amigo y colega que le abrió el camino a los círculos literarios. Como J. R. Jiménez «trae duros grandes de la provincia» la amistad poética se confirmó con almuerzos y bebidas.

Juan Ramón Jiménez quedó bien iniciado en la república de las letras, y conoció al sudoroso Salvador Rueda, que andaba en alpargatas; a Jacinto Benavente, a Ramón del Valle-Inclán, el otro barbudo, y a Azorín, en el que el nombre de ave de presa, casi se pierde en el diminutivo. El Madrid de la época era encantador.

«El poeta convivía con lo cursi, que era entonces lo palpitante, lo que enternecía las palideces... El mundo estaba lleno de mariposas, de versos al ánfora y a la Venus, de versos de gabinete, de trovador, de versos de amor en el que el amado confiesa su loca pasión y amenaza con el suicidio».

En 1903 apareció *Arias Tristes*, el mejor libro de Juan Ramón para los sentimentales. Está dedicado a la memoria de Heine, y una de las partes a Sor María del Pilar de Jesús, hermana religiosa por la que sintió una honda afición en una de sus estadías sanatoriales.

Por aquella época era Juan Ramón un «señorito andaluz, despectivo, requetepunchado, maniático», según lo describe con ojo de lince su amigo y biógrafo, Ramón Gómez de la Serna. Vivía en la Residencia de Estudiantes, sita en donde hoy se encuentra el «Instituto Ramiro de Maeztu», es decir, en la calle Serrano, cerca de la plaza de la Argentina. La Residencia de Estudiantes ha pasado a la historia como el lugar intelectual del primer tercio de este siglo. En ella se reunía una «élite» de poetas, escritores y artistas que ha tenido decisiva repercusión en nuestras letras. A Juan Ramón le gustaba recordar que había sido el Director de Publicaciones y que bajo su égida se había impreso el primer libro de Ortega y Gasset, pero... nunca decía que su primo había sido el Director de la Residencia. En esta institución conoció a Zenobia Camprubí Aymar. El 30 de enero de 1916 se hallaba en alta mar —«esa espalda de ternura»— camino de los Estados Unidos. A bordo se enteró de la muerte de Rubén Darío, el buen nicaragüense que le había dado su saber modernista y el título de su libro *Almas de Violeta*.

El 2 de marzo, en la iglesia de Saint Stephen de New York, el secretario del Obispo Hays casó a Zenobia y Juan Ramón. Visitaron en viaje de novios, además de Nueva York, las ciudades de Boston, Phi'adelphia, Baltimore, Washington y Montclair.

A poco recibía el nombramiento de miembro de la Hispanic Society of America, y Sorolla eternizó el momento con un retrato. Aparece fino y elegante.

A los conocidos versos que corren por Nueva York:

Here is to good old Boston
the town of the beacon and the cod,
where the Cabot's speak only to the Lowell's
and the Lowell's speak only to God.

Añade con peregrino sentido del humor:

He conocido a una Cabot. ¡Cómo deben aburrirse los Lowell's!
He leído «La fuente»* de Lowell. ¡Cómo debe estar aburriéndose
Dios!

(*) Se refiere el poema «The Fountain» de James Russell Lowell que comienza:
Into the sunshine,
full of the light
leaping and flashing
from morn till night;...

Parece ser que algunas intelectuales, ya maduras, se fijaron en el poeta, atraídas por su fuerte personalidad y por su pintoresca figura, y el poeta, que no perdonó nunca a las viejas coquetas, tuvo para ellas un diamantino recuerdo:

¡Qué terciopelos con espina y qué cenizas con sedas! Pero sonríen a todos, como claves sin teclas, y coquetean con el chauffer, con el portero o con el negro del ascensor y se alejan mirando. ¡Pero cualquiera va, a través de los siglos, con esta nieve, a sus sepulcros!

De vuelta en Madrid, Juan Ramón comenzó un éxodo en busca de una casa silenciosa. Necesitaba la soledad sin ruidos. Vivió en una habitación forrada de un corcho especial que le aislaba por completo del exterior. Su ironía se hizo más aguda. Para él Mallarmé era:

un exactísimo, culto y digno señor de mal gusto que escribe —fumando— los domingos, en papelitos del Japón, el diamantino alfabeto enigmático de la poesía pura.

Alberti dijo que Juan Ramón rompió su amistad con Pérez de Ayala, porque éste le había mostrado en su casa el sótano con todo el techo colgado de chorizos y longanizas, lo que estremeció al poeta. Nunca la asepsia de éste perdonó tal sacrílego acto.

Zenobia conducía un «Ford» por España, y el poeta sentado a su lado, con inmutabilidad roqueña contemplaba, en silencio, el paisaje que ocurría a lo largo. Situación extraordinaria para aquellos días, pues no había muchos coches en España y menos mujeres que supieran conducirlos.

Aquí coincide su gran momento poético. Publica sus mejores libros, aquellos que desarrollan su tema central: ansia de lo inconmensurable a través de la hermosura. *Eternidades* vio la luz en 1918. *Piedra y cielo* —términos que utiliza para describir a Castilla— en 1919. *La segunda antología* es de 1922. Un año más tarde aparecieron *Poesías y Belleza*. Así Alberti recordando esta época dijo:

Por aquellos apasionados años madrileños, Juan Ramón era para nosotros, más aún que Antonio Machado, el hombre que había elevado a religión la poesía, viviendo exclusivamente por y para ello, aleccionándonos con su ejemplo.

En torno a Juan Ramón se agruparon los poetas, expectantes de su aviso. Siguieron su lección magistral: García Lorca, Rafael Alberti, Jorge Guillén, Gerardo Diego y Pedro Salinas. Cada uno de ellos halló inspiración en una faceta del maestro.

Aconteció inesperadamente la Guerra Civil que causó también la partida de Juan Ramón. De nuevo a los Estados Unidos. Y de ahí pasó a Cuba. Más tarde inició un itinerario de profesor. Primera cala en Coral Gables, Universidad de Miami. Otra ca'la importante, la de College Park, Universidad de Maryland. Enseñando en este centro docente, recibió una invitación de la Universidad de Buenos Aires para dar una serie de conferencias. El recibimiento que se le hizo en la ciudad porteña fue triunfal. A la vuelta en el barco preparó gran parte de lo que sería su último libro original *Animal de Fondo* (1949).

Muy conocidos son sus últimos días en la Universidad de Puerto Rico. Recibió el Premio Nóbel de Literatura el 25 de octubre de 1956. Desgraciadamente a los tres días de la noticia fallecía su esposa —acerbo contraste de fama y muerte—. Dos años más tarde (198) el poeta seguía el camino de su amada Zenobia. Hoy sus restos descansan en el cementerio de Moguer.

Juan Ramón ha vivido dedicado devotamente a la poesía y nada más que para ella. Cuando un hombre establece la búsqueda de la belleza, de la expresión de lo hermoso, como fin de su existencia, merece total respeto. Juan Ramón ha hallado muchas cosas. El concepto de poesía, propuesto por él, ha dado vital aliento a la lírica española, que ha sido juanramoniana hasta muy recientemente. Ha enseñado a sus seguidores el arte de ver el momento lírico, de entender la vida en transverberación poética. Les ha dado la magia de los adjetivos, de los sonidos, del mensaje del color y sus combinaciones; especialmente, una vara divinadora para poder aprender lo que es poesía, es decir, una nueva sensibilidad lírica. Poeta humano y sincero, ha debido gran parte de su difusión a los contactos personales, pues su generosidad y su rectitud le granjearon buenos amigos. Como un sacerdote oriental, estaba siempre bien dispuesto hacia los neófitos que querían aprender la adoración del Arte Puro. Su labor de apostolado cristalizó en una serie de revistas que él mismo costeaba y cuidaba con tesón. Fue uno de los fundadores de *Helios*; también de otras revistas de vida efímera, como *Sí* e *Índice*. *Sí* tenía una cubierta blanca con su firma en tinta roja. Llevaba el subtítulo de Boletín Bello Español de El Andaluz Universal. En el número de julio de 1925 se incluía una selección de *Marinero en tierra*, Juan Ramón había enviado una carta a Alberti con motivo de la lectura de los poemas, de la que tomo un sabroso párrafo:

Le voy a decir a «El Andaluz Universal» que adelante un *Sí* para que pueda lucir todavía en el aire ligero de esta goteante primavera. la tremolante cinta celeste y plata de su Marinero (1925).

Más atención merece *Índice*. Se publicó de forma irregular. He consultado tres números de 1921 y uno de 1922 que parecen constituir la colección completa. Ortega y Gasset y Azorín son considerados colaboradores con distinción. El suplemento del primer número, *La Rosa de papel* (en verde y rosa), está dedicado a Góngora y el Greco con el enunciado: *Góngora retratado por el Greco, Góngora y Greco precursores del cubismo*. Aparte de la admiración obvia por el poeta cordobés, de origen simbolista, es especialmente interesante el que se incluyen los restos de un epistolario entre las dos figuras del siglo XVI. Julio Cejador percibió el fraude literario y así lo comunicó a la revista. El suplemento revela el gusto y los valores literarios del poeta andaluz.

Con la perspectiva histórica aclarada —inevitable en toda estilística—, pasamos a lo que constituye el meollo de nuestra inquisición. ¿Qué es poesía para Juan Ramón Jiménez? ¿Por qué la importancia de su obra? ¿Qué hay de revolucionario en ella?

La obra poética de Juan Ramón es magistral, porque hay maestro y hay magisterio. Dibuja una nueva dimensión en la lírica española y señala un camino a seguir a la generación inmediata. El tema esencial de su producción fue *Renovarse o morir*; por ello escribió a Ernst Robert Curtius el 27 de septiembre de 1924 la siguiente confesión:

A mis 42 años —y después de 25 de incesante trabajo con la Belleza— siento, pienso, veo claramente que ahora es cuando comienzo. y si vivo quince o veinte años más, creo que podré ver realizada mi obra, que, de modo informe, existe ya toda.

Es decir, aparte de la visión típica de la madurez que demuestra la epístola, ésta prueba que el poeta no era un improvisador, sino un erudito de la poesía; trabajador infatigable en constante enfrentamiento con el ideal. Todo ello típico de la manera modernista, ya sabiamente expresada en la actitud de Rubén Darío, su maestro. En una entrevista que le hizo el periódico *La Voz*, publicada el 18 de marzo de 1935, Juan Ramón indicó su escuela:

Y aquí, en España, la gente nos puso este nombre de modernistas por nuestra actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza.

Creo que si cabe una distinción entre la poesía de Darío y la de Jiménez, ello es debido a un problema de cultura. Juan Ramón Jiménez tiene solera y lleva las palabras dentro. Rubén Darío había tenido que ir a bus-

carlas fuera. La voz de Jiménez traza una espiral hacia una poesía más íntima, más clara, más transparente. En cambio, a Darío, la maravillosa retórica no le permitió la sencillez sin aspavientos.

Jiménez comenzó con una veta becqueriana que se enriqueció luego con la lectura de los simbolistas. A Verlaine lo llegó a traducir, como puede verse en el volumen *La poesía francesa moderna*, Madrid, 1913, editado por los amigos Díez Canedo y Fernando Fortún. Del autor de *Jadis et Naguère* recibió el gusto por el leit-motiv del demi-jour y por la música del verso. Coincidió con Mallarmé en el culto de la Belleza. Mallarmé había dicho a Cazalis en 1867:

Il n'y a que la Beauté — et elle n'a que une expression parfaite — La Poésie. Tout le reste est mensonge

Conceptos que Darío había asimilado e introducido en la poesía española.

Para Jiménez hay un sentido que podríamos llamar «platónico» en la poesía. La palabra tiene el poder de transportarnos hacia las grandes esencias poéticas, porque aunque ella sufra limitación, cuando la pronunciamos se establece una comunicación con lo esencialmente bello. El poeta andaluz va más allá de la frontera del verso y de la estrofa para vislumbrar la poesía en la palabra misma. El poema *Intelijencia* ilustra lo que acabamos de mencionar:

¡Intelijencia, dame
el nombre ejacto de las cosas!
...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.
Que por mí vayan todos
los que no las conocen ,a las cosas ;
.....
¡Intelijencia, dame
el nombre exacto, y tuyo,
y suyo, y mío, de las cosas!

El movimiento que dirige Juan Ramón supone un rompimiento con el realismo opaco que se había impuesto en la segunda mitad del siglo XIX. Ahora el poeta necesita poseer una visión propia y especial. Rechaza todo aquello que no aquilate materia poética. Anima las llamas del espíritu para moldear las cosas, y su voz se expresa en perfectos y brilladores versos. Cualquier camino es bueno si conduce al secreto de la Belleza. La prosa puede también ser poesía, como atestiguaría en su libro *Diario de un poeta recién casado*, 1917.

La nueva sensibilidad lírica puede definirse con la frase *el ensueño invade la realidad*. La subjetividad creadora ilumina un mundo personal y privado. El amor y la soledad son condiciones requeridas para lograr esta transfiguración mágica. La poesía de Juan Ramón sigue un itinerario de simplificación ornamental que él mismo explica en un poema de *Eternidades*:

Vino, primero, pura,
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes.
Y la fui odiando, sin saberlo.

Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...
¡Que iracundia de yel y sin sentido!
...Mas se fue desnudando.
Y yo le sonreía.
Se quedó con la túnica
de su inocencia antigua.
Creí de nuevo en ella.

Y se quitó la túnica,
y apareció desnuda toda.
¡Oh pasión de mi vida, poesía
desnuda, mía para siempre!

En *Sonetos espirituales*, 1916, se encuentra ya al mejor Juan Ramón. Se trata de una poesía de sugerencias, de sensibilidad, de recuerdos que apenas evocados escapan. Puede servir de ejemplo el soneto «Retorno Fugaz»:

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?
— ¡Oh, corazón falaz, mente indecisa! —
¿Era como el pasaje de la brisa?
¿Como la huída de la primavera?

Tan leve, tan voluble, tan ligera,
cual estival vilano... ¡Sí! Imprecisa
como sonrisa que se pierde en risa...
¡Vana en el aire, igual que una bandera!

¡Bandera, sonreír, vilano, alada
primavera de junio, brisa pura! ..
¡Qué loco fue tu carnaval, qué triste!

Todo tu cambiar trocóse en nada
 — ¡memoria, ciega abeja de amargura!—
 ¡No sé como eras, yo que sé que fuiste!

En su continua inquisición, Juan Ramón ha llegado a la quintaesencia, a la poesía pura creadora y fructífera. Libros como *Eternidades*, 1918 y *Piedra y Cielo*, 1919, corroboran este juicio. En este último se incluye la delicada composición:

¡No le toques ya más,
 que así es la rosa!

El poema no tiene otro propósito que expresar la belleza y Juan Ramón consigue su objetivo. Mediante una parábola ha explicado su intención:

Me dicen estos y aquellos: ¿A qué pise afán, esa insistencia, ese éxtasis en tu obra?

Les respondo con la deliciosa poesía de Abu Said, el persa (*):

—Le pregunté a mi amada: —¿Para qué te embelleces tanto?

—Para gustarme a mí misma —me contestó.

Porque hay instantes en que soy, a la vez, el espejo, la mirada y la belleza; instantes en que me siento, a la vez, el amor, el amante y la amada.

La presentación de la poesía de Juan Ramón Jiménez no quedaría completa sin una consideración de su última etapa estilística. Con el correr de los años «el andaluz universal» ha ido modificando el estro poético. El éxtasis ante la Belleza ha quedado diestramente asimilado en un ansia de eternidad. Ya en *La estación total con las canciones de la nueva luz*, Buenos Aires, 1946, se advierte la insistencia en el concepto filosófico, y la palabra *eternidad* y sus derivados aparecen reiterativamente. Está en el camino de madurar su dios, y se vislumbra un anhelo que en ciertos aspectos podríamos calificar de místico.

Veamos un fragmento del poema «Criatura afortunada»: en el que ante la contemplación del vuelo de un pájaro, casi siente el éxtasis:

Nos das la mano, en un momento
 de afinidad posible, de amor súbito,
 de concesión radiante;
 y, a tu contacto cálido,
 en loca vibración de carne y alma,
 nos encendemos de armonía,

(*) Abu-Said ibn Abi-I Khai: místico sufista y poeta persa del siglo XI que utilizó el símbolo y la metáfora con gran perfección en sus *Rubai*.

nos olvidamos, nuevos, de lo mismo,
 lucimos, un instante, alegres de oro,
 ¡ Parece que también vamos a ser
 perennes como tú.
 que vamos a volar del mar al monte
 que vamos a saltar del cielo al mar,
 que vamos a volver, volver, volver
 por una eternidad de eternidades!
 ¡ Y cantamos, reímos por el aire,
 por el agua reímos y silbamos!

Animal de fondo, 1949, título que pudiera interpretarse como hombre con anhelo de eternidad, presenta una teoría metafísica de forma hermética, pero descifrable. Es sintomático el hecho de que el mar —símbolo de la vida en movimiento— le haya inspirado sus reflexiones de amor al cruzarlo con motivo de sus bodas en 1916 —hemos aludido ya al libro que contiene este poemario, *Diario de un poeta recién casado*—, y que también más tarde, en su viaje a Buenos Aires en 1948, le inspirara una teofilia. En las *Notas* al final del libro en cuestión —*Animal de fondo*— declara insobornablemente: «que todo mi avance poético en la poesía era avance hacia dios». Todo, pues, queda subordinado a esta obsesión última. *Mujer, obra y muerte*, tres temas o «normas vocativas» como él las llama, se integran en la idea de este dios deseante y deseado cabalmente visto y entendido. Es *deseante*, porque busca a Juan Ramón; es *deseado*, porque el alma del poeta guarda celosamente este anhelo.

La lectura de los 29 poemas que constituyen el volumen sugiere la alegría festiva del poeta que ha encontrado a su dios. Es, por tanto, obra de signo teológico. Bien, es verdad, que él se encarga de interpretarnos que «lo divino (es) como una conciencia, única, justa, universal de la belleza que está dentro de nosotros y fuera también y al mismo tiempo». Ha habido, por tanto, evolución. El énfasis está ahora en ese *dios* con el que habla y al que necesita. No es ya aquella belleza prístina, punzante y nostálgica que había cuajado de forma perfecta en el soneto «Retorno fugaz». Tal vez la nueva manera sea una sublimación: se trata, empero, de una química distinta. El poeta que conserva su vigorosa palabra ha pasado a descubrir un nuevo objeto.

Para terminar, y como homenaje póstumo a la gloria de este magnífico varón, recordemos ese goce contemplativo, esa aventura quasi-mística de la que hace alarde, a través de estas dos estrofas del poema «La transparencia, dios, la transparencia»:

Dios de venir, te siento entre mis manos,
 aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa

de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.

.....

Eres la gracia libre,
la gloria del gustar, la eterna simpatía,
el gozo del temblor, la luminaria
del clariver, el fondo del amor,
el horizonte que no quita nada;
la transparencia, dios, la transparencia,
el uno al fin, dios ahora sólito en lo uno mío,
en el mundo que yo por ti y para ti he creado.